

Año 1 Número 9 - Julio 2014



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

Umbral

Revista Literaria

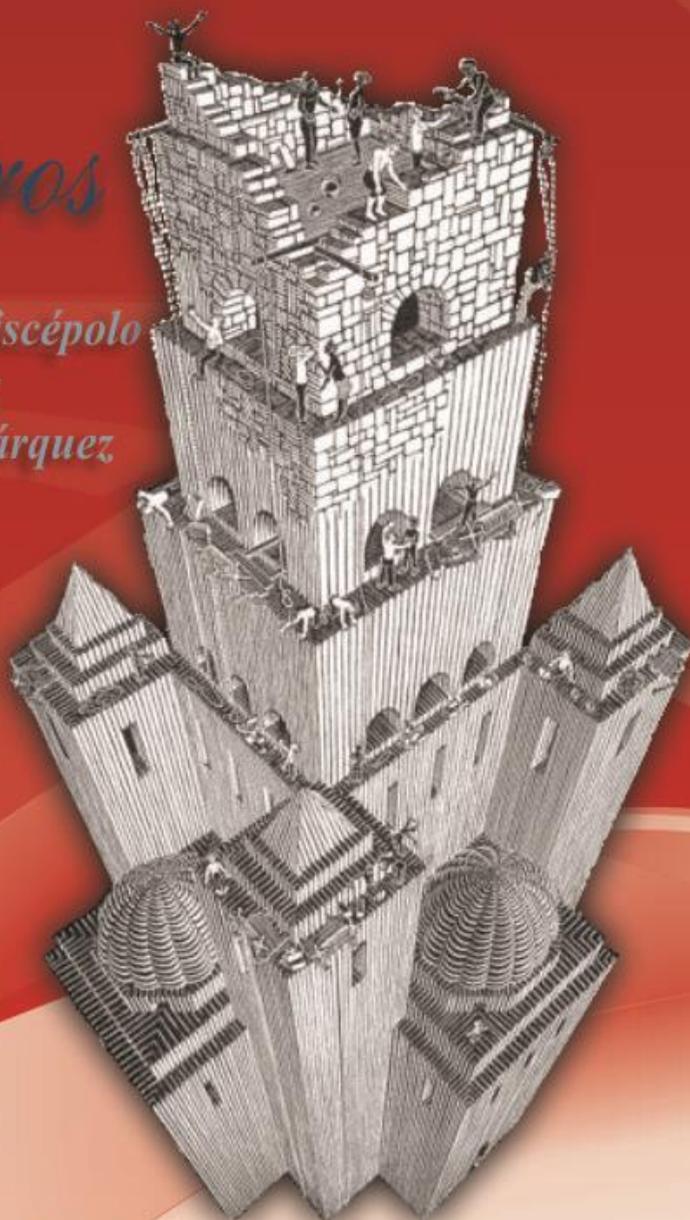
Maestros

Claudio de Alas

Enrique Santos Discépolo

Leopoldo Lugones

Gabriel García Márquez



Colaboraciones:

Adelfa Martín

Francisco Vernet

Sebastián Arismendi

Lizandro Samuel

José Romero Muñoz

Henry Govani Aguiar

Don Srtxema

Carlos Yabib

Enseñando a pensar

Soy escritora y soy docente. Esas son mis dos grandes pasiones. El título que recibí de la Florida State University es "Ph.D. in Spanish", lo cual quiere decir que tengo un doctorado en crítica literaria, siendo mi concentración la literatura latinoamericana contemporánea. También estoy calificada para enseñar el idioma, es decir, para enseñarles a los estudiantes a hablar español. No tengo estudios en creación literaria ni tampoco he tenido la oportunidad de enseñar un curso ni un taller al respecto. Siempre he admirado, desde el ensueño, el papel que tiene un profesor de narrativa o poesía pues me lo imagino tratando de mostrarles a los estudiantes cómo se debe escribir una obra de ficción, por ejemplo (si es que realmente existe un cómo). Al mismo tiempo siempre me he preguntado cuál sería la vía apropiada para hacerle ver a un estudiante que lo que ha escrito debería haberse redactado de otra manera sin herir sus sentimientos ni quitarle las ganas de seguir escribiendo. Miles de veces he tenido interrogantes, como docente, acerca de cuál sería la mejor manera de encaminar a un joven escritor a explotar todo el potencial que lleva dentro.

En estos días, sin embargo, he pensado mucho en mi trayectoria como profesora universitaria y en mi papel como educadora dentro del campo de la crítica literaria. Si bien mis estudiantes no tienen que "crear" obras en mis clases, me di cuenta que mi papel es, digamos, el mismo que los profesores de creación literaria. Entendiendo que el rol del educador es el de un facilitador, comparto muchísimo con los profesores de talleres literarios. Un estudiante se sienta enfrente de uno con los ojos abiertos esperando que uno le entregue la verdad de la vida, la llave para entender el mundo y convertirse en un héroe. Es deber del docente hacerle ver a ese estudiante que esa verdad está dentro de su propia vida y sus experiencias y que el valor de la comprensión del mundo radica en la posibilidad de ignorar (entendiendo como funcionan) los prejuicios. Más que enseñarles a los muchachos qué obras son mejores o poseen una técnica diferente o son olvidadas por los lectores y los medios dentro de una corriente o movimiento artístico, más que eso lo que intento hacer es enseñarles a pensar y buscar el porqué de las cosas.

En la literatura se juntan todas las ciencias sociales, se plasman, se desarrollan. Claro, si el escritor deja caer en las páginas lo que ve, sus experiencias, algo que le contaron, quizás un mundo que imaginó, cómo no suponer que todas las áreas del pensamiento se conjuguen dentro de una novela. Allí está el detalle, a

veces con solo tomar un curso de aproximación a la literatura un estudiante puede ver las vivencias que nunca tomó en cuenta y elaborar una plataforma crítica en base a ellas.

Más aun, desde que pertenezco a la Sociedad de Autores Independientes y soy parte del Comité Editorial de la revista Umbral, he confirmado, tras leer todos los aportes de los colaboradores y de mantener una relación profesional y cálida con cada uno de nuestros asociados, que efectivamente el rol del docente es el de un facilitador pues pone a disposición las herramientas para explotar los ya formados (y en constante desarrollo) cimientos de la identidad de todo artista.

Un fuerte abrazo a todos los docentes y a todos los estudiantes. Para eso estamos.

Naida Saavedra

Comisión Editorial



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la sociedad
de Autores Independientes

Por una verdadera Revolución Editorial

Año 1 - Número 9 - Julio del 2014

<i>Dirección general:</i>	<i>Naida Saavedra</i>
<i>Corrección y estilo:</i>	<i>Eric J. Lagarrigue</i>
<i>Diseño:</i>	<i>Álvaro Díaz</i>
<i>Composición:</i>	<i>Eric J. Lagarrigue</i>
<i>Imagen de portada:</i>	<i>Alexandre de Laborde</i>

Colaboradores de esta edición

Adelfa Martín José Romero Muñoz Carlos Yabib
Francisco Vernet Don Srtxema Henry Aguiar
Lizandro Samuel Sebastián Arismendi

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) 1

Cuentos

Solicito trabajo (*Lizandro Samuel*) 3

La Navidad de Juliancito (*Adelfa Martin*) 5

Cuatro letras que ahora no puedo pronunciar
(*Henry Govani Aguiar Sánchez*) 16

Los días en Paraíso (*Carlos Yabib*) 13

Poesía

Enero (*Sebastián Arismendi*) 8

A ti ... me aferro (*Francisco Vernet*) 9

El cono de nieve (*Adelfa Martin*) 11

Rayas en la frente (*José Romero Muñoz*) 12

Una historia cruel (*Don Srtxema*) 22

Maestros

El chingolo (*Leopoldo Lugones*) 19

Poema negro (*Claudio de Alas*) 20

Qué vachaché (*tango-Enrique Santos Discépolo*). 24

La soledad de América Latina.
Discurso de aceptación del Premio
Nobel 1982 (*Gabriel García Márquez*) 25



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información
es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser
un medio imprescindible para el crecimiento
moral e intelectual de la sociedad.

Sociedad de Autores Independientes

Solicito trabajo

Me pregunta mi currículum. Contesto sin ánimo de arrogancia: “Hermano, fui futbolista profesional, desplegué toda mi carrera en el muy aclamado F.C Barcelona; tuve la suerte de contar con grandes compañeros, de primer nivel; juntos alzamos casi todas las Copas que disputamos, llegando, a mi parecer, a entrar en el Olimpo de los dioses futboleros. Luego me dediqué a la dirección técnica: empecé en un club de Cuarta División inglesa al cual al cabo de cuatro años logré llevar a Barclays Premier League. Dirigí quince años en la élite del fútbol mundial, en ligas muy competitivas como la inglesa, italiana, brasileña, española y francesa. Confieso me hubiese gustado dirigir en Alemania y México, mas no tengo motivo alguno de queja cuando promedié poco más de dos títulos por temporada. Unas 35 copas en quince años para nada está mal.

—Excelente, señor, me alegro por usted. Pero para trabajar aquí entre poco y nada le servirá la experiencia en el fútbol.

—¡Ah, pero si ahora es que empieza lo bueno! Mire, después de un tiempo dándome la buena vida, decidí ser mi propio jefe. Harto de trabajar para los demás, me inicié en una de mis pasiones de infante: la carrera automovilística, pero no a nivel profesional ni organizado, ¡bah!, esas cosas ya no iban conmigo. Fui corredor callejero ganando carreras y dinero en ciudades comparables a Las Vegas, Vancouver, San Francisco y Los Ángeles. Pero aún hay más, mi pana. ¡Ah!, y disculpe que lo llame así, es que me emociono cuando recuerdo mis anteriores empleos. Posterior a conquistar las calles de esas ciudades, decidí entrar en el mundo de la música; de esta forma, considerando que jamás fui muy hábil para cantar, mas por el contrario sí para la guitarra (La eléctrica, mi predilecta), me hice un oficio profesional usando ese instrumento. Toqué en escenarios épicos algunas de las piezas de rock más aclamadas; eso sí, recuerdo bien que tuve grandes compañeros, rivales: Axel, Judy, Stone, Pandora, Izzy; en fin, varios locos más.

—¿Futbolista profesional? ¿Director Técnico? ¿Corredor callejero ilegal? ¿Estrella de rock? Ummm. Disculpe, ¿¡acaso ha tenido algún empleo común!?

—Ehmm, no sé, pero recuerdo que tras ser un magnífico guitarrista, me di un pequeño break; aunque para mi sorpresa, sin yo saber cómo ni por qué, me había ganado muchos enemigos. No sé si eso se pudo llamar empleo, ¡pero fueron tantos los que me odiaban, buscando la manera de partirme la jeta, que de pana hoy puedo presumir de tener un doctorado en defensa personal! Recuerdo, inclusive, a un policía muy pana que me ayudó en diversas ocasiones, un tal Lei Wulong. Ummm... ¡De verdad que había burda de gente que pretendía hacerme daño! Un tal Paul (No sé cuál era su problema), Baek Doo San,

Hwoarang (A veces de mi lado, otras en mi contra); además... ¡Dios mío! ¡De verdad fueron días intensos! Si hasta recuerdo haber sentido el amor, una hermosa brasileña llamada Cristie Monteiro, ¡una belleza de mujer! Y mire que...

—¡Basta! Espléndido, extraordinario, maravilloso; tanto así que poco puedo creerle todas esas cosas, aunque en realidad si son ciertas o no es lo de menos, dado que le debo recordar, señor, ¡qué usted está solicitando empleo como contador público! Y nada, ¡absolutamente nada!, de lo que ha dicho le sirve como experiencia para este trabajo. Oiga, ¿acaso en toda su vida ha hecho algo que le pueda siquiera medianamente ayudar a ejercer su profesión de contador?

—Mire, creo haberle contado todo lo realmente importante que he hecho en mi vida, aunque debo añadir que anduve a punto de iniciarme en el mundo bélico, pero para cuando se presentó esa oportunidad, descubrí, muy a mi pesar, que se había estropeado el ojo lector del PlayStation.



Lixandro Samuel

Caracas- Venezuela - 1993

*Escritor con predilección
por la narrativa.*

*Finalista del premio
Biblioteca FIMBA
2013".*

La Navidad de Juliancito

El frío era el pan nuestro de cada día para Julián. Por las mañanas, apenas con los primeros rayos del sol, salía de su escondite nocturno donde se la había pasado tiritando, para que algo de ese calorcito incipiente y mañanero le llegara al menos a sus huesos, pues el estómago... ¡ese era otro cantar!

Desconocía las estadísticas. Ignoraba que miles de niños como él poblaban los alcantarillados, los bajos de los puentes y alguna que otra casa abandonada y a punto de caerse. Apenas sabía de sus compañeros o vecinos, según fuera la distancia que los separaba, cuando en las noches buscaban refugio, ya que en lo particular, jamás se aventuraba fuera de las 10 o 12 calles que conocía y tenía dos poderosas razones para ello; una la desconfianza y miedo que le inspiraban algunos de los chicos de los otros barrios, y otra, la más importante, que no había olvidado las palabras de su madre. No te muevas de aquí, pronto vengo por ti... De eso, según sus cuentas, hacía alrededor de un año.

Conservaba en su bolsillo bien doblado y envuelto en un pedazo de plástico, restos de alguna bolsa recogida de la calle, el papel que su madre le había entregado junto con un billete de 50 pesos —es todo lo que me queda— donde estaban escritos su nombre completo, Julián Sandoval Pérez, con su fecha de nacimiento —por eso sabía que tenía 10 años— y el de su madre, Guadalupe Pérez. Nada más, ni lugar de origen, ni nombre del padre o algún otro detalle que le sirviera para, aunque fuera preguntando, llegar donde ella. De vez en cuando se informaba con alguno de los muchachos mayores en qué fecha estaban, así sabía que después que su madre lo dejó en aquella esquina, había cumplido años, con hoy, dos veces. Ella, que siempre lo llamaba Juliancito, le había dicho: Hijo, en apenas tres días vas a cumplir nueve años; a más tardar para esa fecha, habré regresado.

Cada mañana se acercaba a doña Chona, que vendía su café de olla por allí cerca, para que le diera... —tantito para el friíto, doña...— y ella, que seguramente era poco menos pobre que muchos de aquellos chamacos, tenía sin embargo una sonrisa, un poquito de café, y cuando las cosas no iban tan peor, un taquito.

- Hoy es mi cumple doña... ¿cómo la ve?

-¿De veras mi 'jito?... ¿y cuántos?

- Diez, doña, hoy cumpla mis diez años... ya estoy grande...

-¡Ah, pos sí!, y como hoy es tu cumple, te mereces, como mínimo, dos tacos...

-No, doña, no se fije... yo como quiera...

- Es mi gusto... tenga sus dos tacos... ¡faltaba más!

Julián se dijo mientras caminaba calle abajo para ubicarse en la esquina del semáforo donde trataba de limpiar los vidrios de algunos coches para sacar su sustento... Bueno, el desayuno lo libré, vamos a ver qué pasa el resto del día.

Tenía muy clara la imagen de un pequeño apartamento donde su madre y él vivían, y allá muy lejos en su mente, creía recordar la presencia de un hombre, alguien que alguna vez le pasó la mano por la cabeza, como en señal de una débil caricia, aunque de eso no estaba seguro. Lo más nítido de sus recuerdos, quizás porque era una de las cosas que más extrañaba era la escuela, aunque no sabía dónde se ubicaba. Incluso podía recordar los nombres de varios de sus compañeros. Gracias a que terminó su tercer grado y a que su madre lo ponía a leer regularmente, era que podía saber lo que ella había dejado

escrito, así que a cada ratito pasaba y repasaba el papelito que conservaba en sus bolsillos, y además se servía de este conocimiento para ayudar a algunos de sus amigos de la calle, que solo distinguían los autobuses por el color; él no, él podía leerles los lugares de destino.

-Se acerca la Navidad...otra vez-, decía uno de ellos -y como el año pasado, el anterior y el otro, lo vamos a pasar con frío y tal vez hasta con hambre... aunque doña Chonita me dijo en la mañana que si podía nos acercaba aliguito para comer aunque fuera a nosotros tres, que siempre andamos juntos. Ojalá, -respondió- Julián... Mi mamá siempre hablaba de los milagros de la Navidad, aunque aún no he visto ninguno...

Ese día hizo el mismo recorrido de diario, comenzando por el cafecito, con ese sabía que podía contar, pensando que como era una fecha especial tal vez encontraría más vidrios para limpiar, o la gente sería más generosa. Ya el día anterior una señora, mientras le daba una limpiadita a su coche, le había regalado una chamarra bien abrigadora- es que a mi hijo ya le queda pequeña, pero todavía está nueva- que el había agradecido en el alma, porque lo ayudaba a sobrellevar mejor la intemperie. Se la abrochó bien, con el cierre subido hasta el cuello, por si otro chamaco más grande quería robársela, que no le fuera tan fácil quitársela de encima...

Cuando regresaba a su lugar para descansar, doña Chonita estaba parada en la esquina, y no más lo vio, comenzó a hacerle señas llamándolo casi a gritos... -¡chamaco... chamaco!-

-Mira, mi'jito, desde la mañana andan unos señores preguntando por un tal Julián Sandoval Pérez... Yo no les dije que te conocía... ¿porque ese es tu nombre, verdad?

-Sí, doña, sí... ¿no sería mi mamá? Julián dijo esto con los ojos iluminados por la emoción.

-No, te digo que eran unos hombres, en un tremendo coche... lujoso... Les dije que investigaría con los demás niños y que si querían pasar mañana. Les pregunté de qué se trataba, y me respondieron que su familia lo buscaba... Pero ya sabes, con tanto roba chicos que hay por ahí... me dio desconfianza...

-¿Mi familia?, segurito es mi mamá... pero eso del coche lujoso...

No más llegó a su refugio -así lo llamaban- le contó a sus dos compañeros este asunto. Ellos ya un poco más grandes, y con más tiempo de vivir en la calle, le dijeron: -Mira, carnal... nosotros te acompañamos mañana... Quien quita y sí te estén buscando de a de veras... y si se trata de alguna tranza... pues con los tres no van a poder.

Julián no pudo pegar un ojo en toda la noche. En los ratitos en que el sueño lo vencía, veía a su mamá vestida elegantemente, como esas maniqués de los escaparates de las tiendas, que corría hacia él abrazándolo y llorando diciéndole Juliancito... Juliancito...

Esa mañana llegaron los tres juntos por el cafecito de doña Chona, quien disimuladamente les señaló unas personas que estaban de pie al lado de un coche estacionado en la esquina. Lo más raro, una patrulla policial también se encontraba en el lugar. -Híjole-, dijo uno de los muchachos, -también los tombo están ahí-

Doña Chona les hizo una señal a la personas, quienes se acercaron al puestecito de café.

-Uno de estos chamacos puede ser el que ustedes buscan- les dijo, -pero quiero saber de qué se trata esto-. Al mismo tiempo, de la patrulla policial había descendido una señora que se identificó como del DIF. Antes de mediar palabra, un hombre joven, no más de unos 35 años, mirando hacia Julián, le dijo:

-Por la edad, tú debes ser Juliancito, ¿verdad?

El niño al escuchar ese nombre, preguntó de inmediato, -¿usted conoce a mi mamá?

-Por Dios santo... ¡es mi hijo!

Veamos... veamos-, dijo la representante del DIF. -¿Sabes cuál es tu nombre completo? Y Juliancito, metiéndose la mano al bolsillo, sacó su muy arrugado papel y se lo entregó. El que se decía su padre prácticamente se lo arrebató diciendo, tal cual como dijo Lupita, que el niño tendría en el bolsillo un papel con sus datos.

- Hijo, yo soy Julián Sandoval, tu padre...

-¿Y mi mamá... y mi mamá?

-Ven conmigo, camino de casa te contaré todo en detalle.

-Bien, señor Sandoval-, dijo la representante del DIF, -pero sabe que este asunto debe formalizarse, incluyendo realizarles a ambos una prueba de ADN...-.

-Sí, claro, señorita, todos los requisitos serán cumplidos.

Mientras caminaban a sus autos, no se dieron cuenta que el niño se había quedado parado, sin dar ni un paso.

-Juliancito, hijo, ¿por qué no vienes?

-No me voy a ningún lado sin mis amigos.

-Por supuesto, hijo, disculpa. Vengan, muchachos, por favor.

A lo que Juliancito mirándolos les dijo -¿conque una Navidad con hambre, eh?... ¡Ahora sí que creo en los milagros!

Como por arte de magia, en el mes de febrero del año 2011, la generosa señora que humildemente vendía su cafecito de olla en la esquina, inauguraba su negocio con el pomposo nombre de Doña Chona's Café y Pastel.

¿La mamá de Juliancito?, bueno, esa es otra historia



Adelfa Martín

Guadalajara- México

Escritora polifacética
que ha incurrido en varios géneros,
Escribe novela, cuento y poesía.



Gatos maullando como lobos
 cielo estrellado nublado
 moho en las esquinas
 telarañas en las rejillas
 brisas de enero que congelan mis ideas
 corrientes marinas que seducen ballenas.

Sonrisas que ocultan lágrimas
 lágrimas que desean una sonrisa
 desesperanza en una noche desalmada
 donde las brisas petrifican los sueños
 donde la luna se oculta en mantos negros.

La noche es eterna
 el día se pasa en una siesta.



Enero
 seguirá siendo un mes muerto
 sin gatos que aúllen
 sin paz del sereno
 congelando mi inocencia
 con sus vientos polares
 cristalizando mis pasos
 arrastrándome al silencio
 dejando mi felicidad en pausa.

Nelson Sebastián Arismendi Ramos

Barcelona -Venezuela -1984
 Mención especial en el II concurso
 "Bajo una Venezuela literaria" de la
 Editorial caraqueña "Negro sobre Blanco"

¡A ti ... me aferro!

Una vez más, esta enorme necesidad de ti me quema.

Una vez más, esta enorme terquedad interna de poseerte... me devora.

¡Te grito!

¡Te ordeno inmaculada venir a mí!

Te exclamo entre lamentos, y gemidos...

Te deseo entre imágenes de perversión, en donde solo tu silencio se permite despreciarme, con cínica petulancia, y desdén, de quien lo tiene todo.

¡Sí, Con cínico desdén que quien gobierna aquí y en la nada!

¡Te imploro!

¡Te maldigo!

Me aferro a ti postrado en el suelo,

Descubierto de alas desplumadas, rendido a tu merced, yacente impotente,

Tan solo un beso.

Tan solo una mirada.

Tan solo tus caricias.

Terca necesidad que se aferra a no olvidarte.

Terca necesidad que se aferra a no permitirme excluirte de mis líneas,

Envolviéndote de mí y de los restos de ti,

Que aún hoy, encajan en mi cuerpo el sabor de ti,

Que como mil agujas me dañan...

Que me alimentan.

Que me seducen, y me entierran en ti...

Me entierran en ti, dentro de la profundidad de tu deliciosa pubescencia,

Que tersa, exploré con mis cansados dedos...

¡Irresistiblemente empapados de tu elixir!

¡Te suspiro!

Llevo en mí ser, el olor de tu sudario...

Llevo en mi espacio, el color de tus sonrisas.

Llevo en el alma, el candor de tus gemidos.

¡Maldita sea!

¡De ti reniego... y sin más a ti me aferro!

Estúpida necesidad de enjugar mis heridas, a tu lado,

Terca necesidad de vaciar mis instintos en tu regazo,

¡Enorme necesidad de gritar que te amo!

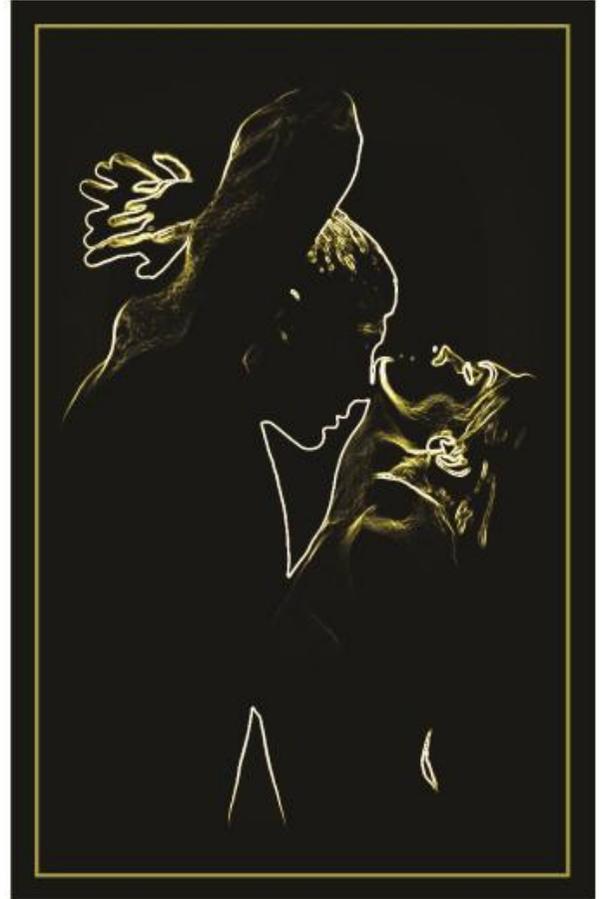
¡Te siento!
Aún en la lejanía que entre nosotros has interpuesto,
El calor de tu hoguera me apresa, me envuelve en tus dominios,
En donde tu inmensa pasión me obliga a lo prohibido,
Te maldigo,
Te grito,
Te pido... ¡Desgarrarme! ¡Poseerme!
Invadir tu noche con mis suspiros...

¡Te reniego... y sin más, a ti me aferro!



Francisco Rdx. Vernet

Ciudad de México - México -1964
Cirujano Ortopedista de profesión,
escritor de vocación.



El cono de nieve

Y me quedé boquiabierta
al mirar por la ventana...
¿Será posible que es cierto
lo que está tras la enramada?

Una nave de otro mundo
que llegó de madrugada
trayendo helado de copa
a los niños de la cuadra

Debe ser, pues se ve cerca
ya casi puedo tocarla
y sentir el dulce aroma
como a canela y naranja
Y hasta parece que tiene
un baño de crema blanca
¡Nieve, nieve!, grito alto
pero no se escucha nada
debe ser que estoy soñando
... y me caí de la cama...

De repente miro al cielo
dándome cuenta, asombrada,
que a un cono de caramelo
la luna está encaramada



Pixabay.com



Adelfa Martín

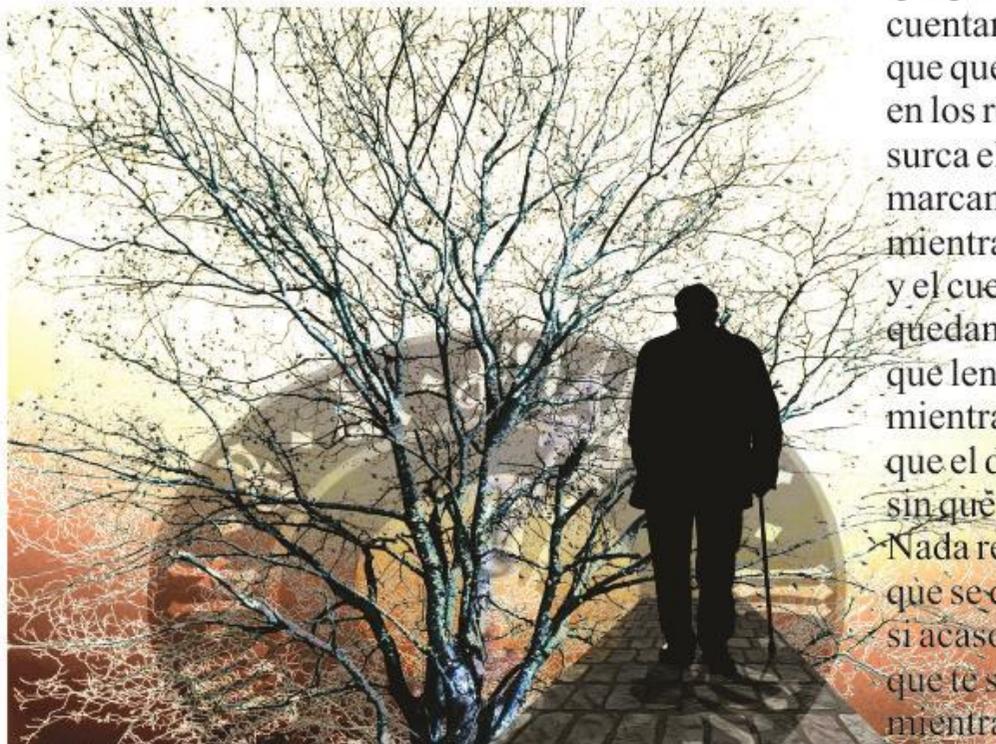
Guadalajara- México

Escritora polifacética
que ha incurrido en varios géneros,
Escribe novela, cuento y poesía.

Rayas en la frente

Soledades en los días

que pasan en suspiros
 cuentan historias y desdichas
 que quedaron atrapadas
 en los recuerdos y dichos,
 surca el tiempo en el hombre
 marcando rayas en su frente
 mientras los ojos se secan
 y el cuerpo se marchita,
 quedan los recuerdos cogidos
 que lentamente se olvidan
 mientras sigue la senda
 que el destino le marca
 sin que la soledad le ofenda.
 Nada retrocede en los pasos
 que se dieron en los días
 si acaso un recuerdo
 que te saque una sonrisa
 mientras el reloj sigue su melodía.



Imágen: Gentileza Pixabay.com

José Romero Muñoz



Huelva - España
 Profesor de teatro y poeta.
 Miembro de la Asociación
 Literaria Torrent de Paraules.

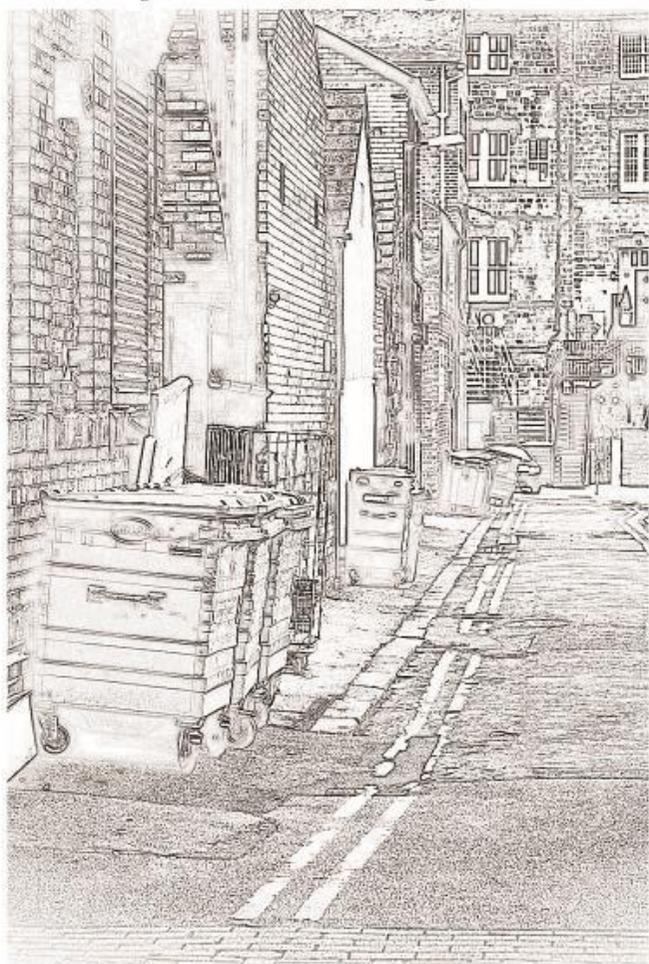
Los días en Paraíso

— ¡V acíen sus bolsillos! —nos gritó.

Entregamos celular, cartera, el cambio que claqueteaba al chocar en mis pantalones y los boletos... carajo. Esos 2 boletos, cada uno con su banda plateada y los patrocinadores en la parte de atrás, fueron los últimos. Hasta entonces era seguro: nuestra historia cambiaría por completo en 90 minutos de juego y no podíamos desperdiciar la oportunidad de participar en ella para bien o para mal. Gritaríamos si alguien anotaba. Si no, también. El país, el equipo, el mundo entero dejaría de importar mientras estuviéramos fundidos entre la mar de gargantas convertidas en una bestia hecha de concreto y carne, rugiendo en un lleno total. Aunque ahora más bien parecía un sueño escapándose entre mis manos. Los solté queriendo gritarle, ansioso por desfogar toda mi maldita rabia tirándole los dientes a patadas, ¡cabrón!, decirle que se fuera a chingar a su madre, que esos 2 tickets eran míos y ese partido sería lo último que mi hermano pequeño, Diego, haría conmigo antes de morir, el pobrecito, que tenía cáncer en la sangre o qué sé yo. La verdad, no me importaba una mierda cuál mentira señalase, siempre y cuando funcionara.

«Voy a dejar aquí al pinche Román. Lo merece», pienso. «Nada más necesito que se distraiga diez segundos este perro, que voltee un instante o alguna patrulla nos ayude; en un parpadeo estaré corriendo por ese callejón. Conecta con la línea verde. Saldré disparado sin voltearme, dando vuelta a la derecha dos veces y tomaré el autobús. Me va a llevar, estoy seguro. Estaré en casa antes de que sepa que me fui». Aunque, la verdad, me pesa en el alma dejarle los boletos a este mierda. Él sostiene el cañón ennegrecido de la Glock absorbiendo la luna, escondiendo la luz dentro suyo como el foso más negro que jamás haya visto, con el martillo de la pistola quieto, parado en lo alto, coqueteando con la idea de caer en cualquier momento para dejar salir una bala por el pecho de quien cargue la peor suerte de ambos, sin remordimientos. Nuestras miradas se cruzan un momento. Sonríe. Yo no puedo hacer nada.

—Hasta aquí llegamos — dice Román quedo, sin pensar la frase. La camisa se le pega, arrugada, contra el sudor corriendo bajo ella—.



—¿Hasta aquí llegamos? —, pienso—. No, no, merezco algo mejor. Ya, ya ahí muere, ¿no? —tartamudeo—, no tengo nada más qué darte, man. Mira, de veras, Román ni siquiera es amigo mío. Apenas lo conozco. Déjame ir y prometo quedarme callado. Si es por dinero, esos boletos te los van a comprar bien, cabrón, de veras, el dueño del estadio me los apartó personalmente. Fácil sacas 8 por los 2, bien vendidos. Una buena feria, lo prometo. Pero, por favor, dame chance.

Levanta la pistola, relajando su postura por un instante. Me da a entender que apenas empieza a divertirse y que pedirle piedad ha sido un error. Da un solo paso y caigo de rodillas al suelo. Verás, en las películas todo es diferente. Lo que muestran llega a los ojos con un filtro de resistencia sobrehumana a la violencia. Al héroe lo golpearán mil veces y nada más le salen, acaso, unos cuantos cortes sin despeinarle un pelo, por supuesto. A los puños, con un fusil, con una piedra. Pueden sacudirse la hinchazón, el dolor, la sangre, todo. Nunca es algo serio. El culatazo que sentí, por el contrario, fue lo mismo a estrellarme contra una pared de concreto. Sí señor. Si tu pómulo cruje, el daño, creo, es claro. Mientras tanto Román, el pendejo, se queda ahí; todo lo ve pasar a la velocidad de un rayo. No aprovecha para buscar auxilio, para hacerse el héroe e intentar pelear para salvarnos el trasero. Lo que hace es dejar correr un hilillo de orina que ennegrece sus pantalones con un miedo insostenible. Una cobardía absoluta.

La vida es un espectáculo constante en esta ciudad. Una fuente ininterrumpida de desgracias brotando de cada pared, saliendo a ensalzar las rutinas. El glamour mediático se reduce a estas situaciones. Estamos condenados a vivirlas y a pensar en cómo carajos terminamos aquí. Los autos vienen, van, varios rostros nos observan desde sus ventanas. Incluso los peatones voltean desde el otro lado de la calle, sin ánimos, a encontrarnos muertos de miedo frente a un arma cargada. Las bolsas que cargan deben pesar demasiado, supongo, o los zapatos deben de lastimarles las plantas porque no se detienen. Pero no los juzgo. Hubiera hecho lo mismo. Entonces, el timbre de un teléfono, como la pólvora, golpea nuestros tímpanos. La camisa del pistolero deja ver una luz blanca vibrando contra su pecho.

—¿Quién habla? ¡Ah, sí!, aquí está el güey. No, hasta eso venía acompañado. Ya sabes. Este no es nada pendejo cuando quiere. Nah. No te preocupes. No va a ser problema el otro. ¿Qué cosa? Uh, no, la neta no sé. Mejor hay que preguntarle ya que nos recojas. Simón. Ajá. Ándale pues, no te tardes mucho. Sí, sí. Donde quedamos. Pero apúrate, que me quiero ir pronto.

Corta. Saca nuestros teléfonos de su bolsillo izquierdo. Los deja caer al suelo. Aplasta sus pantallas bajo el chillante forro tornasol de su tenis Puma. No sé qué pude haber hecho para merecerme esto. A la distancia, escucho a Román hablar algo con el pistolero. El plástico rompiéndose apenas y se distingue entre el ruido de quienes vuelven del trabajo, del ruido dentro de mi cabeza y el dolor. Román dice que lo siente, que no es su culpa. «Yo dejé la piedra ahí. Lo juro». «No te hagas pendejo, Román. Ya lo habías hecho otras veces, pero ahora sí quisiste vernos la cara», le contesta, «el encargo era tuyo y ahora también lo es el problema. Ya tendrás tiempo para explicarnos». «¡Sebastián, carajo!», le grita Román mientras hace por acercarse con los ojos hinchados, «¡entiende que no sé qué pasó!». «¡HEY! Quédate quieto o aquí mismo te dejo, hijo de tu pinche madre. Lo hubieras pensado mejor antes de intentar algo con esa piedra».

Ayer por la tarde Román se apareció con los ojos inyectados de sangre en mi departamento. «Tengo que cagar», dijo. «Te encargo mi teléfono. Si llaman, tomas recado». Me apartó y cerró la

puerta tras de sí. Cuidábamos el uno del otro desde el kínder. Cuando contesté, lo único que dijeron fue una dirección. El resto como dicen, es historia.

«¿Algo?»

«Nada, Ro.»

Una camioneta blanca acercándose captura mi atención. Estaciona junto a la acera, rechinando al frenar; su puerta lateral se corre y salen un par de figuras humanas. Uno tapado sólo con una gorra y el otro descubierto. Van por Román, a quien toman del brazo sin lograr moverlo. Él no se queda callado. El pinche Román grita como loco sin poder articular palabra alguna en su desesperación. Manotea, intentando salvarse con los golpes que da al aire. Ante la impaciencia, el que va descubierto gira su torso y toma impulso para golpearle el vientre con su puño. De súbito, todo se detiene. Román ve por última vez la noche, esfumándose en unos pocos segundos al ser cubierta con un saco de tela anudado al cuello. Sostienen su cabeza y lo empujan dentro.

—Morro, tus cosas — me dice tras atorar su pistola en el cinturón, tirándome las cosas al suelo—. El camión pasa a 2 calles de aquí. Atraviesas ese callejón, una farmacia y enseguida lo encuentras. Y paro, no seas tan maricón. Todo el mundo odia a los traidores. Más, si se comportan como unos ojetes nomás para salvarse el cuello. Sabes, debería pegarte un tiro nomás por miedoso, pero ya la hicimos mucho de pedo. En fin, si no sabes con quién te estás metiendo, mejor cállate el hocico. Me quedo con una entrada. Igual nos encontramos por allá.

La camioneta marca su huida en el pavimento, dejando volar una humareda entre la que desaparecen las cortinas por donde nos veían. Todo regresa a la normalidad. Nada ha pasado. Pongo la mano contra mi mejilla caliente mientras el pulso se me calma. Contraigo la lengua, moviéndola entre el hueso y las encías ardiéndome. Me levanto con dificultad, viendo mezclarse el líquido que escurre de mi boca con la charca de orines que es ahora el único rastro de Román. Recojo mi cartera y el boleto doblado. Los seco en mi pantalón lo mejor que puedo antes de guardarlos.

La noche refresca y pienso: «ojalá ganemos».



Carlos Yabib Salinas González

Morelia - Michoacán - México - 1994

Cuentista y poeta radicado en Tijuana

Cuatro letras que ahora no puedo pronunciar

Fue entonces que vi su interior, durante pocos segundos comprobé que algo de humanidad seguía latente en su ser, la sangre fría que por sus venas corre sufrió una alteración, un descontrol, que se dejó vislumbrar en un acto involuntario; lo que pocos o nadie han podido ver jamás, entonces entendí que todas las horas que un día dediqué a ella no eran horas perdidas, ese tiempo que le he dedicado no se había quedado en el limbo de la indiferencia, en esa mirada vacía de ojos inundados del más frío invierno, capaz de mostrar la más grande de las apatías con cada pestañar.

Después, todo volvió a ser como siempre, sus negros guantes de seda retomaron el movimiento calculado de la perfección, y mi corazón se aceleró una vez más al ver esa sombra oscura que bañaba toda su esbelta figura, se consumió cualquier atisbo de ser viviente con capacidad de sentir, como se consumió aquel cigarrillo entre sus labios cubiertos de carmín, insignificante, ni el inerte humeante es digno de acariciar el suave terciopelo de su boca, se lo hace saber con el desprecio que sus delgadas y perfectas manos consiguen al aplastarlo contra la reluciente bohemia que se opaca ante su presencia: vacía, inexpresiva. Los hilos invisibles que manejan sus movimientos vuelven a tomar el control absoluto, son perfectamente estudiados para provocar, es el deseo convertido en mujer, no puedo dejar de contemplarla y tengo que vaciar la copa del espumoso champagne que llevo en mi mano para poder continuar al menos respirando, quien ose mirarle seguro me encontrará, pero todas mis defensas son abatidas cuando con su beneplácito deja las puertas abiertas para que los demás jueguen y caigan en su red, yo, con la desesperación de verte interactuar con alguien más. ¡Pobre infeliz!, eso soy, me conformo con vivir engañándome una y otra vez, buscando su compañía, mendigando un solo roce, roce que nunca llega, y que nunca llegará.

La noche está a punto de llegar a su fin, esta, mi noche, está agonizante, muero una y mil veces con cada segundo que aquel torturador va despidiendo las horas con su acompasado y exacto movimiento de manillas, que te van alejando poco a poco para despedirme de mi imposible, tú.

Sonrisa que fluye tras una situación que no logro entender, porque lo único que veo es otra forma de expresión que hasta encontrarte no había conocido, solo hay un acto, no hay un sentimiento, un afecto, inmediatamente veo girar su mirada y sus lanzas esta vez incandescentes se clavan en mí, inexpresiva, indolente, ya lo sé, el juez de las manillas ha dictado sentencia, sé lo que busca, una respuesta en mi temblorosa faz que no puede contenerle la mirada y tengo que inclinar mis ojos heridos, esa es mi respuesta, pero, ya la conoce bien.

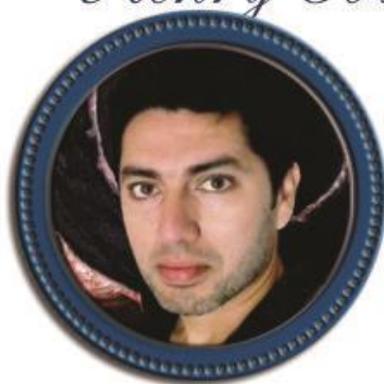
Esta vez no quiero seguir con mi tortura, emprendo la huida intentando no pensar en nada, en nadie, en ti, pero soy débil, y decido esperarte con la puerta abierta de aquel sombrío y reluciente carruaje que nos unirá por unos minutos más hasta llegar a tu sombrío destino, incierto, impenetrable, recorreremos en silencio media ciudad, hasta que su fría y oscura mano recubierta por la seda se posa delante de mi rostro vacío, y como siempre decido solo decirle adiós sin atreverme a tocarla, veo cómo se aleja sin echar la mirada hacia atrás, oscuro callejón donde una vez fui deslumbrado por quien ahora consume mi razón, y ahoga todo el fuego que hay en mi interior, solo soy ceniza que alquila su compañía, un corazón que late asustado queriendo salir apresurado a buscarla, pero sé que aun encontrando su presencia, no estará, lo que busco en ella no se me facilitará jamás, tengo que darme por satisfecho y hasta podría decir afortunado, por haber visto ese destello que se dejó escapar, involuntario, el cual logró controlar en el acto, para continuar siendo la misma, para continuar siendo lo único que conseguiré de ti.

Henry Govani Aguiar Sánchez

Pretoria - Ecuador - 1975

Novelista y pintor,

radicado Sant Feliu de Guixols - Cataluña



El chingolo



Cuando el campo está más solo
y la casa, en paz, abierta,
aparece por la puerta,
muy sí señor, el chingolo.

Viene en busca de una miga
o una paja de la escoba,
que, ciertamente, no roba,
porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral
y solicita permiso,
con un gritito conciso,
como pizca de cristal.

El sol, con larga escobada,
lo desfloca en áureo estambre,
y en un transparente alambre
trueca su pata delgada.

Otro salto, y ya está adentro,
y en el haz de sol avanza
pues no excluye su confianza
la idea de un mal encuentro.

Su ropita pastoril
la agracia un lindo copete.
(Si el cardenal es cadete,
el es conscripto gentil.)

Capa gris con caperuza;
camisa y corbata blancas;
chaleco café que en francas
negligencias se descruza.

Aunque trasluce su forro,
bien le siente aquel modelo,
y un vivo de terciopelo
le orilla de negro el gorro.

Pálida espina de sol
pule su pico de cuerno,
y le brilla, ufano y tierno,
el ojillo de charol.

En la ladera de cuarzo
del camino que se ahonda,
bajo una mata redonda
anida de agosto a marzo.

Su cesto de cerda y paja
coloca al lado del Norte,
a fin de que así soporte
viento y lluvia con ventaja.

Y despistando al gandul
con artificios sencillos,
pone sus tres huevecillos
crispados en fondo azul.

En la honda siesta de llama,
o en el crepúsculo frío,
su curí..., curí qui quío...
alegra la áspera rama.

Y todavía a deshora,
cuando las noches son bellas,
al amor de las estrellas
sueña cantando la aurora.

Bajo la estación más cruel
que las campiñas abruma,
de su bolita de pluma
brota un trino humilde y fiel.

Ya no abandona el contorno
de la casa solariega
donde como un chico juega
sobre el mortero y el horno.

Y como es tan poco esquivo,
en la misma troje acampa,
o el afrecho de la trampa
va a escarbar intempestivo.

O en el pajizo capuz
del adormilado alero,
se disfraza de jilguero
con el oro de la luz.

O con valeroso alarde
su postrer gorjeo empina
sobre la espléndida ruina
del palacio de la tarde.

En el primer desperezo
primaveral, con qué gracia
su flor anuncia a la acacia,
pinta su guinda el cerezo.

Y, amable chisgarabis
que a la doncella acongoja,
pía detrás de cada hoja
como diciendo: "Luis, Luis..."

Ya de afrecho se atiborra,
rondando a la molendera,
con lo que, de esta manera,
le ayuda a hacer mazamorra.



Ya entre los pollos pulula,
ya escudriña los cacharos,
y es vecino de los carros
donde la hace pan la mula.

En el silencio y la paz
de una estudiosa mañana,
se asoma a la escuela aldeana
como anunciando solaz.

Curí..., curí.. Y desde el seto
que trenza su verde cinta,
trae, en fragancias de quinta,
la tentación del asueto.

O en el patio de la escuela,
su saltito impertinente,
parece que eternamente
va jugando a la rayuela.

Y ahí donde ustedes lo ven,
cortés, mas nunca vasallo,
erizado como un gallo
traba su riña también.

Chingolito de mi vida,
que fuiste mi compañero
en el tiempo placentero
de la inocencia florida.

Quién me diera sin retardo,
volver a aquella delicia,
como en la estación propicia
le vuelve la flor al cardo.

Yo sufro mucho de amor,
y cuando estoy triste y solo,
quisiera oír al chingolo
para calmar mi dolor.

Leopoldo Lugones (1874 -1938)

*Fue un poeta, ensayista,
periodista y político argentino.*

Poema negro

Cuando moría, me enlazó en su brazo,
cual un reptil de palpitante raso;
y con voz afiebrada y lastimera,
me dijo que cual última ternera,
y en recuerdo de toda su belleza,
me dejaba su blanca calavera...

Que robara a la hambrienta sepultura,
ese último jirón de su hermosura,
que una lívida amante me sería,
y en mis horas alegres o de duelo,
su alma descendiendo desde el cielo,
a través de sus cuencas me vería.

Paso el tiempo...
El ave silenciosa del recuerdo,
voló sobre su fosa,
llamándome a cumplir aquel pedido,
que cual lúgubre flor de sus amores,
me dejó en los postreros estertores,
temerosa a los lutos del olvido.

Y era una noche, oscuridad y viento:
la lluvia desgarrando el firmamento,
batía en sus ramajes la espesura,
los jardines tronchados y barridos,
y del mar el estruendo y los rugidos,
resonando a lo lejos con pavora.

Ardiente el corazón, los miembros yertos
escalé la muralla de los muertos,
y pensando en la súplica postrera
de esa lívida novia del misterio
me perdí en el profundo cementerio,
porque iba a robar su calavera.

Por las calles desiertas y medrosas,
buscando en los letreros de las fosas,
llegue hasta su sepulcro solitario.
El viento en los cipreses sollozaba
y la lluvia, furiosa, me azotaba,
cual queriendo arrojarme del osario.

De una lámpara, sorda, bajo el brillo,
su mármol quebranté con un martillo.
Cual fatídico abismo, negro y hondo,
de la tumba la puerta entenebrida
abierta contemple...
de entre su fondo,
brotó una bocanada corrompida!

Y en lo profundo de la negra caja,
entre blancos jirones de mortaja,
la miré desleída y pestilente,
sepultadas sus formas y sus manos,
entre olas hirvientes de gusanos
que tragaban su carne lentamente.

En sus sienes mechones de cabellos,
sus ojos ¡Ay! como ningunos bellos,
convertidas en cuencas pavorosas,
en su boca que fue roja granada,
una muda y horrible carcajada,
y su pecho en piltrafas asquerosas...

De su belleza que radió cual astro,
no había allí tan siquiera un rastro.
Era un informe y corrompido andrajo.
La mire entristecido, mudo, inerte,
medite en los festines de la muerte,
y me hundí en el sepulcro abierto a tajo.

Temblorosas se tendieron mis manos,
al inmenso hervidero de gusanos.
Busque de la garganta las junturas,
nervioso retorcí...Hubo traquidos
de huesos arrancados y partidos...
Hasta que salí de las sepulturas.

Huí miedoso entre las sombras crueles,
creyendo que los muertos en tropeles,
levantaban sus formas descarnadas,
corriendo a rescatar su calavera,
esa yerta y silente compañera,
de la lóbrega noche de la nada...

Eso pasó, fue ayer, hoy en mí mesa
cual escombros final de su belleza,
helada, muda, lívida e inerte
sobre mis libros en montón, reposa
cual una gigantesca y blanca rosa,
que ostentase la risa de la muerte.

Sus grandes cuencas, cómo dos cavernas,
me contemplan inmóviles y eternas.
Atónitos, al mirarla me figuro
que su alma tal vez huya del cielo,
para triste, silente y con anhelo,
mirarme allá, desde su fondo oscuro.

Entonces con amor llego hasta ella,
y cual si fuese cuando viva bella,
por sus huesos mi mano se desliza,
siento de ansia el corazón opreso,
y en el instante que le doy un beso,
me encuentro ¡Ay! con su macabra risa.

Allá desde la alta noche, cuando escribo,
ante su faz sintiéndome cautivo,
me parece que se abren sus quijadas,
y que en frases muy tiernas, temblorosas
me pide que le diga blandas cosas,
como en noches amantes y borradas...

Y soñando la veo transformarse
en la bella de entonces y acercarse,
y sentirme yo suyo...y ella mía...
Más al instante mi pupila advierte
que no es sino la imagen de la muerte,
que me contempla estática y sombría.

Ya llevan mucho tiempo estos amores,
ella es quien conoce mis dolores,
los sueños todos de mi vida entera,
ella me da la desnudez que viste,
yo el cariño de mi vida triste,
teniéndola de novia hasta que muera.

Y cuando rompa de la vida el lazo,
cual ella a mí la rodeara mi brazo,
y antes que a mi alrededor todo sucumba
le diré como frase postrimera:
¡Acompáñame pobre calavera,
acompañame Amada hasta la tumba...!



Jorge Escobar Uribe

Claudio de Alas

1886 Colombia - 1918 Buenos Aires.

Una historia cruel

Con el tiempo en su contra,
y él siguiéndola,
que posibilidades tendrá
de escapar, de aquella...
La que fuera su sombra.

Su cruel realidad, empezaría
el día después de su boda;
ni tan siquiera
en su luna de miel, lograría
tener aquella felicidad soñada,
la cual, desde bien chiquita
siempre soñara tener.

Todo empezaría como un juego,
él... Sería el púgil,
y ella...
El mismo saco, sería.
Desde aquel día,
aquello sería rutina,
rutina, de una costumbre
que no acabaría,
hasta que ella,
superando sus miedos,
le abandonaría.

Siempre le tuvo miedo,
y siempre... Él,
se aprovechó de ello.

Golpe a golpe,
grito a grito,
los hijos...
Fueron viniendo;
¡si fuese difícil sola!
¿Cómo... irse con ellos?

Por casualidad, un día
en aquel parque donde iba,
hizo...
Una amistad nueva.
Todavía...
No era un hombre,
ni mujer, tampoco sería,
él, era tan solo un joven,
el joven novio...
de su hermana la pequeña.

A partir de aquel día,
todo cambiaría en su vida.
Aquel joven, aprendiz de hombre,
era más tierno y maduro,
que muchos de ellos;
todavía no sé cómo,
nuestra amiga se le abrió de pleno.
Tal vez fuesen aquellos ojos,
vivarachos y sinceros
o...
tal vez, fuese su sonrisa,
aquella limpia, y virginal sonrisa,
o simplemente...
Ocurriera.

Aquel que fuere,
todavía un proyecto de hombre.
Aquel muchacho,
joven, alegre y avisado,
aquel...
Que le ayudase abrir sus ojos,
aquellos ojos,
grandes, negros y hermosos,
aquellos ojos
que durante tanto tiempo
tuvo cerrados.

Ahora debería abrirlos
tal vez, . . .
para reconocer la verdad,
aquella verdad
que tantas veces negaría

la misma verdad. . .
que la asfixiaba, hasta. . .
Casi hacerla ahogar,
la otra verdad,
la que hacía peligrar su vida,
esa verdad
que hizo peligrar la vida,
la vida, de todos los demás.

Un día de tantos,
después de largas chácharas,
decidió partir, sin mirar atrás,
haciendo. . .
Tanto camino como pudo,
siempre. . .
con sus polluelos de la mano,
y sus ojos . . . Todos llorosos,
por dejar su vida atrás,
mas, . . .

no fue suficiente, aquella distancia
que dejara entre los dos,
por lo que al final,
él. . . La alcanzó.

Poco tiempo después,
en la pantalla del televisor,
escucharía una noticia
que a su cuerpo estremeció;
aquella. . .
Mujer, con la que tantas veces habló,
aquella,
que un día su corazón le abrió,
aquella. . .
misma, a la que él aconsejó.
Ayer. . . La habían matado
junto a sus hijos. . .
También.

Aquel,
aspirante a caballero,
aquel,
amante, de su hermana pequeña,
aquel. . .
quien su vida cambiase
para por un instante
hacerla sentir feliz. . .
Es el mismo que hoy. . .
pretende cambiar el mundo;
cambiarlo, con justicia y leyes nuevas
que seguro. . .
solo servirán de excusas
para un nuevo. . .
MALTRATADOR.



Don Irtxema

Qué vachaché

(tango)

Piantá de aquí, no vuelvas en tu vida.
 Ya me tenés bien requeteamurada.
 No puedo más pasarla sin comida
 ni oírte así, decir tanta pavada.
 ¿No te das cuenta que sos un engrupido?
 ¿Te creés que al mundo lo vas a arreglar vos?
 ¡Si aquí, ni Dios rescata lo perdido!
 ¿Qué querés vos? ¡Hacé el favor!.

Lo que hace falta es empacar mucha moneda,
 vender el alma, rifar el corazón,
 tirar la poca decencia que te queda...
 Plata, plata, plata y plata otra vez...
 Así es posible que morfés todos los días,
 tengas amigos, casa, nombre...y lo que quieras vos.
 El verdadero amor se ahogó en la sopa:
 la panza es reina y el dinero Dios.

¿Pero no ves, gilito embanderado,
 que la razón la tiene el de más guita?
 ¿Que la honradez la venden al contado
 y a la moral la dan por moneditas?
 ¿Que no hay ninguna verdad que se resista
 frente a dos pesos moneda nacional?
 Vos resultás, -haciendo el moralista-,
 un disfrazao...sin carnaval...

¡Tirate al río! ¡No embromés con tu conciencia!
 Sos un secante que no hace reír.
 Dame puchero, guardá la decencia...
 ¡Plata, plata y plata! ¡Yo quiero vivir!
 ¿Qué culpa tengo si has piyao la vida en serio?
 Pasás de otario, morfás aire y no tenés colchón...
 ¿Qué vachaché? Hoy ya murió el criterio!
 Vale Jesús lo mismo que el ladrón...



Enrique Santos Discépolo

Discepolín,

*fue compositor, músico,
 dramaturgo y cineasta*

La soledad de América Latina

Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30 mil campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetu que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico

atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 mil perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de un millón 600 mil muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de la Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual éste colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 300 años para construir su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de incertidumbre durante 20 siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa con soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12 mil lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma, y pasaron a cuchillo a ocho mil de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental.

No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: "Me niego a admitir el fin del hombre". No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia el que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia el que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me presentan hoy como sombras tutelares, pero también como el compromiso, a menudo agobiante, que se adquiere con este honor.

Un duro honor que en ellos me pareció de simple justicia, pero que en mí entiendo como una más de esas lecciones con las que suele sorprendernos el destino, y que hacen más evidente nuestra condición de juguetes de un azar indescifrable, cuya única y desoladora recompensa, suelen ser, la mayoría de las veces, la incompreensión y el olvido.

Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en ese trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud el inventario abrumador de las naves que numeró en su Iliada el viejo Homero está visitado por un viento que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las Alturas de Machu Pichu de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos.

En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía. Muchas gracias.

Gabriel García Márquez

6 de marzo de 1927 Aracataca, Colombia

17 de abril de 2014 México, D.F., México

Escritor, periodista, editor, guionista.